

## Á UN CAÑÓN

En la desierta esplanada  
de antiguo fuerte ruinoso,  
á un parapeto musgoso  
la abierta boca asomada,  
fiel guardián que con de velo  
el horizonte vigila,  
viejo cañón se perfila  
sobre el transparente cielo.

Cuando al sol canicular  
todo duerme en derredor  
y exhalan blando rumor  
las olas al espirar,

y en el silencio de tumba  
que ningún céfiro orea  
ni el avecilla gorgea,  
ni el alado insecto zumba,  
presa de inerte pereza  
ofrece en la lontananza  
cierta vaga semejanza  
con un león que bosteza.

En su amor á las ruinas  
en el su vuelo detienen  
cuando del Africa vienen  
cansadas las golondrinas.

Y parece que piadoso,  
como siempre lo es el fuerte,  
él, instrumento de muerte,  
muestra al bando bullicioso  
ese protector cariño  
peculiar del héroe anciano,  
del glorioso veterano  
á quien la edad hace niño.

—¡Ese hirió á Nelson!—  
Of  
decir un día á un soldado  
y ante el bronce entusiasmado  
descubierto, exclamé así:

¡Ah! Si pudieras contar  
lo que por ti pasó, al ver  
las naves aparecer,  
de los tiranos del mar;  
el odio ardiente, mortal,  
la sublime indignación  
que hizo vibrar de emoción  
tus entrañas de metal

cuando con furor que aterra  
al audaz que te provoca  
lanzó tu humeante boca  
el ronco grito de guerra,

¡qué página de la historia  
tan elocuente y grandiosa!  
Sólo tu voz poderosa  
basta á cantar tanta gloria!

Cuando tus propias hazañas

al conmemorar rugiendo  
despiertas con grato estruendo  
los ecos de las montañas  
y en tu herido seno late  
ruda tempestad violenta,  
dij, cañón, ¿no te atormenta  
la nostalgia del combate?

¿Has olvidado qué mano  
dirigió con tal pericia  
el rayo de tu justicia  
sobre el caudillo britano?

Rompe de la edad los hielos:  
revélame tus secretos:  
haz que conozcan los nietos  
las glorias de sus abuelos.

¿Cómo supieron hacer  
otra cosa que morir?  
¿Quién les hizo resistir?  
¿Quién les enseñó á vencer?

No sé si calenturiento  
presté al bronce aliento y vida:  
sé que voz jamás oída  
habló así á mi pensamiento:

Cuando en horas de agonía  
ante desigual combate  
un pueblo que no se abate  
en su justicia confía;

cuando sin ver ni contar  
las fuerzas del agresor  
defiende con santo ardor  
lo más sagrado, su hogar,  
y en su amor al patrio suelo  
sólo á su entusiasmo escucha,  
no puede á la iacierta lucha  
ser indiferente el cielo.

Y al exponer resignado  
su noble pecho desnudo  
cubre un invisible escudo  
al valeroso soldado

que de su deber en pos  
va con aliento divino.  
¡Si fuera ciego el Destino  
no sería justo Dios!

No dirigió esperta mano  
sino Dios que al bueno inspira  
la centella de su ira  
sobre el caudillo britano.

Y si en guerra no buscada  
torpe legión invasora  
blandiese amenazadora  
sobre estas rocas su espada,  
no temas cobardes duelos.

En respuestas de sus retos  
yo recordaré á los nietos  
las glorias de sus abuelos

JUAN ARZADUM.

\* \* \*

En la fecha gloriosa del 25 DE JULIO, todos los canarios esparcidos por ambos hemisferios tenemos un pensamiento común: el de la patria ausente, glorificada por sus hijos. Todos nos acordamos con legítimo orgullo de la derrota de Nelson; no habrá ningún tinerfeño, ningún canario ni español alguno, que no sepa sentir la gloriosa efemérides que se conmemora.

Nadie conoce ni es fácil prever lo porvenir; pero debe presumirse que la arruinada Europa buscará el suyo en la riquísima Africa. Sabemos, además, que la situación de las Canarias es ventajosísima, y nadie ignora que los pueblos tienen por garantía eficaz y única de su independencia y de su integridad, su propia valentía, su fuerza propia.

Las islas Canarias, cada vez más codiciadas, pudieran ser teatro de sangrientas luchas en el siglo XX. Lo que no consiguió Nelson, quizás por el accidente de su herida, pudiera lograrlo un almirante cualquiera con menos pericia militar y náutica. No es difícil tomar uno ó más puertos canarios, y aún